



# SOBRE EL ANÁLISIS ETIMOLÓGICO Y SEMÁNTICO DE *COR*, *CORDIS*>*CORAZÓN*

## ON THE ETYMOLOGICAL AND SEMANTIC ANALYSIS OF *COR*, *CORDIS*>*CORAZÓN*

MARÍA VICTORIA GALLOSO CAMACHO<sup>1</sup>  
GRACIELA SEGADOR PORTELA<sup>2</sup>

*Fecha de recepción: 21-10-2020*  
*Fecha de aceptación: 10-12-2020*

---

**Resumen:** Por un lado, se realiza un acercamiento a la hipótesis de evolución etimológica del término *corazón*, irregular teniendo en cuenta su original latino *COR*, *CORDIS*. Por otro lado, se ha llevado a cabo un análisis de su concepción semántica, tan variada en sus acepciones a lo largo de la historia. El cognitivismo parece arrojar luz sobre la subjetividad que implica la naturaleza del término en cuestión: *ser todo corazón, tener un corazón de oro*, entre muchos otros.

**Abstract:** *On the one hand, an approach is made to the hypothesis of the etymological evolution of the term heart, which is irregular considering its original Latin COR, CORDIS. On the other hand, an analysis of its semantic conception has been carried out, so varied in its meanings throughout history. Cognitivism seems to shed light on the subjectivity implied by the nature of the term in question: to be all heart, to have a heart of gold, among many others.*

**Palabras clave:** Etimología, semántica, fraseología, cognitivismo, figurado.

**Keywords:** *Etymology, Semantics, Phraseology, Cognitivism, Figurative.*

---

I. INTRODUCCIÓN. El hombre habla su lengua sin percatarse del sentido e historia de las palabras que pronuncia. Sin embargo, no todo el vocabulario de una lengua es arbitrario, señala E. Bernárdez<sup>3</sup>, ni siquiera decir *te quiero de corazón* lo es, sino que

---

<sup>1</sup> M.V. Galloso Camacho es profesora titular de Filología Española en la Universidad de Huelva (vgaloso@uhu.es, <https://orcid.org/0000-0002-1555-7528>).

<sup>2</sup> G. Segador Portela es estudiante de Posgrado en la Universidad de Huelva (graciela.segador@alu.uhu.es).

<sup>3</sup> E. BERNÁRDEZ CASTILLO, *¿Qué son las lenguas?* Alianza, Madrid, 1999.

responde a nuestra categorización figurada del *corazón*, la cual abre las puertas a una gran creación metafórica tanto en la lengua española como en muchas otras.

El español, como lengua romance, procede del latín. Hablamos de evolución porque ha habido cambios (más o menos regulares) entre la palabra latina y la palabra resultante en español; se trata de una evolución larga y compleja, tanto cuantitativa como diacrónicamente. F. García Jurado<sup>4</sup> afirmaba que en la historia de las ideas lingüísticas se encuentran posiciones intermedias entre la concepción de la lengua como algo inmutable y perfecto y la concepción de la misma como un conjunto de relaciones arbitrarias, como cuando, a pesar de la innegable evolución de estas, se persiste en creer que hubo una primera lengua perfecta, inmutable, de la que degeneraron las demás.

Así, semántica y etimología llegaron a considerarse campos independientes. No obstante, en una tradición basada en la arbitrariedad del signo lingüístico de Saussure, el cognitivismo irrumpe con fuerza permitiendo un mayor acercamiento a la realidad de los hablantes y a su comunicación; ni la forma ni el significado pueden considerarse componentes totalmente independientes o autónomos, sino que deben completarse como elementos íntimamente interrelacionados, según M. J. Cuenca y J. Hilferty.<sup>5</sup>

El estudio de *COR*, *CORDIS*>*corazón* ha llamado la atención de algunos lingüistas por dos motivos: en primer lugar, por tratarse de una palabra cuya evolución etimológica al español difiere respecto al resto de las lenguas romances, es decir, que se escapa de la evolución fonológica que tiene lugar en el paso del latín vulgar al español. En segundo lugar, por pertenecer al grupo de palabras esenciales de nuestra lengua, comunicativamente hablando, y no a cualquiera con un sentido semántico mucho menos rentable. Pero *COR*, *CORDIS*>*corazón* fue, es y seguirá siendo el núcleo semántico de nuestra simbología emocional y sentimental, no solo en español, sino en todas las lenguas procedentes del indoeuropeo. Su sentido ha viajado y evolucionado a través de los años siendo clave en todas las culturas, perteneciendo a una categoría de palabras particularmente interesantes para el etimologista.

Con el paso de los siglos, la semántica y la simbología de las lenguas han ido evolucionando paralelamente a la humanidad y a sus intereses. Ha ocurrido con numerosos vocablos que pasan desapercibidos por sus hablantes. Otros, sin embargo, una vez adquirieron cierto significado, lo mantuvieron hasta nuestros días. *Corazón* pertenece a este último grupo, como demuestra el uso que hacemos del mismo.

La intención primera del presente trabajo es describir el estado de la cuestión que rodea a la evolución etimológica de dicho término en la lengua española. Además, y reconociendo que el interés por dicho vocablo surge más por la importancia de su semántica que por su singularidad evolutiva, se expondrá una muestra de la variada evolución semántica a la que dio lugar el término, y cómo la relevancia de su sentido ha trascendido hasta nuestra forma de expresarnos cotidianamente a través de las unidades fraseológicas, tan usadas y, en gran parte, tan desapercibidas.

II. ESTADO DE LA CUESTIÓN. EVOLUCIÓN ETIMOLÓGICA DE *COR*, *CORDIS* > *CORAZÓN*: FALTA DE CONSENSO. El origen indoeuropeo de la palabra *corazón* en numerosas lenguas pertenecientes a dicha rama era *\*krd-*, ‘corazón, centro, medio’, según G. Corpas

<sup>4</sup> F.GARCÍA JURADO, ‘Introducción a la semántica latina. De la semántica tradicional al cognitivismo’, Cuadernos de Filología Clásica: Estudios Latinos, Anejos, Serie de Monografías 1, Madrid, 2003.

<sup>5</sup> M.J. CUENCA Y J. HILFERTY, *Introducción a la lingüística cognitiva*, Ariel, Barcelona, 1999, p. 66.

Pastor.<sup>6</sup> De ahí proviene el mismo concepto en sánscrito, *hrid*, y en griego, *kardía*. De este último término en griego derivó el latino *COR*, *CORDIS*. Casi todas las lenguas romances denominaron al *corazón* a partir de esta palabra latina. Así, en catalán es *cor*, en francés *coeur*, en romanche *cour* y en italiano *cuore*. Sin embargo, en portugués dicha palabra evolucionó a *coração*, y a *corazón* en castellano.

La falta de consenso y fijación de una única teoría sobre su evolución dio lugar a numerosas consideraciones al respecto (unas más aceptables que otras), siguiendo los pasos propios de la evolución tanto fonológica como morfológica del latín al castellano. Según Y. Malkiel,<sup>7</sup> *COR* daría *cuer* y, de hecho, esa evolución fue usada durante un tiempo. Sin embargo, no cabe duda de que nuestro término moderno no procede de tal palabra. Entre los intentos de aclaración se encuentran algunos como la explicación de la derivación a *corazón* por la necesidad de diferenciación entre *cuer* y *cuero*, e, incluso, un hipotético origen *\*corātiōne*, además de las numerosas hipótesis sobre la evolución morfológica y fonológica de los supuestos sufijos que el autor defiende. A pesar de la variedad, para mayor claridad y por cuestiones de extensión, solamente se presentan brevemente dos teorías, la de Y. Malkiel, por su originalidad, y la de J. Corominas y J.A. Pascual,<sup>8</sup> por ser esta la más extendida.

El estudio etimológico de *corazón* se ha centrado mayormente en la hipótesis de una creación mediante la combinación de sufijos (el aumentativo *-azón*), si bien Y. Malkiel barajó la posibilidad de la procedencia de un “antiguo compuesto mal entendido, mutilado y amoldado a un patrón más corriente”. Dicho autor continuó con el trabajo comenzado por el etimologista francés Antoine Thomas (1857-1935), quien reunió materiales valiosos para una reinterpretación de *coração* a partir del dialectalismo *coeurasson* (‘dolor del corazón, acidez estomacal’) de una zona al suroeste de Francia. El planteamiento resulta interesante por su originalidad frente a los estudios precedentes: *coração* no sería necesariamente un sinónimo de su contemporáneo milenario *cuer* (<*COR*), sino quizá un derivado de *COR* que denotara alguna enfermedad cardíaca. De este modo, defiende Y. Malkiel que, “tal enfermedad, en ciertos contextos del lenguaje coloquial [...] terminaría por convertirse en una designación del órgano mismo y [...] se sobrepondría definitivamente a la palabra patrimonial”, consolidándose al sur de los Pirineos. Esta hipótesis suele atribuirse a los cambios en los nombres de órganos del cuerpo humano, elementos con una mayor susceptibilidad frente a cambios por metonimia o metáforas, como así afirma R. González Pérez.<sup>9</sup>

Sin embargo, la teoría expuesta es una de las numerosas hipótesis que se suma a las muchas propuestas a falta de un acuerdo lingüístico-etimológico definitivo. De hecho, el DRAE no contempla esta procedencia francesa, ni tampoco hace referencia a ninguna otra hipótesis; se limita a afirmar que es un derivado de *cor*.

Además de las palabras derivadas del latín o los préstamos de otras lenguas, el léxico español incluye voces creadas por mecanismos internos de la lengua, es decir, la formación de palabras por prefijación, derivación y composición. En latín, los prefijos estaban estrechamente relacionados con las preposiciones ya que muchas de

<sup>6</sup> G. CORPAS PASTOR, *Manual de fraseología española*, Gredos, Barcelona, 1997.

<sup>7</sup> Y. MALKIEL, ‘Los interfijos hispánicos. Problema de lingüística histórica y cultural’, en *Miscelánea a André Martinet*, Tomo II, Universidad de la Laguna, San Cristóbal de la Laguna, 1958, pp. 10-199.

<sup>8</sup> J. COROMINAS y J.A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. 6 vols. Gredos, Barcelona, 1980-1991.

<sup>9</sup> R. GONZÁLEZ PÉREZ, ‘Creación y herencia en los procesos metafóricos: las metáforas de las partes del cuerpo humano’, *Actas del VIII Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Meubook, 2009, pp. 2206-2216.

estas funcionaban también como prefijos con un significado semejante, aunque no todas las preposiciones hayan sobrevivido como prefijos, señala R. Penny.<sup>10</sup> Un hecho no pocas veces observado en la evolución del latín vulgar al castellano es la gramaticalización de palabras compuestas como simples: palabras compuestas por prefijación o sufijación dejaron, con el tiempo, de entenderse como elementos constituidos por {prefijo + morfema radical} o {morfema radical + sufijo}, de tal modo que el significado del prefijo o sufijo se pierde o se acopla a la propia esencia de la palabra, explica el autor. Pasó así con las propias preposiciones, como *donde* {DE + UNDE} procedente de la unión de dos preposiciones. El mismo proceso podría aplicarse a *corazón*, considerado de esta forma por J. Corominas y J.A. Pascual: “CORAZÓN, h. 1100. deriv. del lat. *COR* íd”. Primitivamente sería un aumentativo, que aludía al gran corazón del hombre valiente y de la mujer amante.

Según dicho autor, la palabra *corazón* sería el resultado de la unión de la raíz latina *COR-* a dos sufijos: *-azo* y *-ón*, ambos con valor peyorativo o aumentativo.

El autor subraya la necesidad de una correcta diferenciación entre los sufijos homófonos *-azo* proveniente del latín *-ĀCEUM*, el que ha evolucionado en *corazón*, y el proveniente de *-ĀTIO*. Esta cuestión fue tratada por Y. Malkiel, quien aclara las diferencias semánticas entre ambos: el resultado evolutivo de *-ĀCEUM* es el que tiene un valor colectivo, aumentativo y peyorativo, excepto algunos casos de *-atio*.

En resumidas cuentas, pareciera que la fuerza de la semántica sobrepasara a veces a la razón, en tanto que cuesta mirar más allá del «gran corazón del hombre valiente y la mujer amante»; el sentimentalismo se presenta como la base de nuestra semántica. Frente a la hipótesis aceptada de evolución por derivación, la lingüística cognitiva de M. J. Cuenca y J. Hilferty plantea que el lenguaje es simbólico por naturaleza, que está formado por un repertorio de unidades simbólicas, de elementos bipolares que resultan de la relación existente entre la representación fonológica y la representación semántica. Esta propuesta da un mayor sentido a la hipótesis elegida por muchos otros etimologistas; el lenguaje no es arbitrario en su totalidad, y no cabe duda de que la semántica y la simbología de *corazón*, ya desde sus inicios, han podido influir tanto en su evolución fonológica y morfológica (por sus sufijos aumentativos), como en el enriquecimiento de nuestra expresión figurada.

**SIMBOLOGÍA DE CORAZÓN.** Pese a que las culturas tradicionales consideraban el corazón como la sede de la intelectualidad y la intuición, Occidente lo concibe como la sede de los sentimientos. Se podría decir, pues, que “el centro de la personalidad se ha desplazado de la intelectualidad a la afectividad” (J. Chevalier y A. Gheerbrant).<sup>11</sup>

En los albores de nuestra cultura, los helenos entendieron rápidamente el corazón como el centro vital del ser humano. Aristóteles pensaba en el corazón desde el punto de vista biológico: de él depende la vida. Sin embargo, desde este pensamiento estrictamente biológico, su significado se ha ido orientando cada vez más hacia la espiritualidad y la afectividad (M. Herrero).<sup>12</sup> Así lo define Y. Malkiel: “En la literatura griega, καρδιά, además de designar el corazón concretamente, lo evoca como la sede de una gama de sentimientos y pasiones (ira, enojo, tristeza, alegría). Del corazón emanaban también, según los autores griegos, varias inclinaciones, apetencias y finalidades; a veces se le consideraba como órgano del intelecto”.

<sup>10</sup> R. PENNY, *Gramática histórica del español*, trad. de B. Ribera de Madariaga, Ariel, Madrid, 2014.

<sup>11</sup> J. CHEVALIER y A. GHEERBRANT, *Diccionario de los símbolos*, trad. de M. Silvar y A. Rodríguez, Herder, Barcelona, 1986.

<sup>12</sup> M. HERRERO, ‘Voluntad, razón, corazón’, *La libertad sentimental. Cuadernos de Anuario Filosófico*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1999, (Vol. 73, pp. 71-94).

Así lo vemos reflejado en la gran obra atribuida a Homero, la *Iliada* (XXI 441): “¡Oh, tú, insensato! ¡Qué corazón tan necio el que tenías, al ponerte de lado de los teucros!”; e, incluso, en X 244: “[...] ¿Cómo entonces podría yo olvidarme del divino Odiseo, del cual corazón es decidido sobremanera y su ánimo valiente en todos los trabajos y le ama Palas Atena?”, donde se observa claramente que el pensar y el sentir son del corazón, quien, incluso, toma decisiones.

El cristianismo no fue la única religión o creencia en la que el corazón ocupó un lugar fundamental, pero sí es la que más nos interesa en el sentido de que es en esta creencia donde se forjaron muchos de los principios de nuestra cultura de manera directa. En el sufismo, doctrina mística que profesan ciertos musulmanes (principalmente en Persia), existe la expresión «Ojo del corazón», expresión que se halla también en textos cristianos y, sobre todo, en San Agustín. En la tradición cristiana, el corazón simboliza la vida afectiva del hombre, su inteligencia y su sabiduría. Pero en el corazón es donde se encuentra también el mal, el pecado (J. Chevalier). En la Biblia, la palabra *corazón* se emplea pocas veces para designar el órgano corporal, pero existen más de mil ejemplos con interpretación metafórica. Ya el corazón ocupaba un lugar central en la vida espiritual: piensa, decide, planea... La memoria y el coraje reemplazan al corazón.

J. Chevalier afirma que el corazón está asociado al espíritu y, a veces, los términos se mezclan debido a sus significaciones idénticas. De ahí las expresiones «espíritu nuevo y corazón nuevo», o la expresión en misa *SURSUM CORDA*, literalmente «arriba los corazones» o «arriba los espíritus». En la tradición islámica, el corazón tampoco se refiere a la afectividad, sino a la contemplación y a la vida espiritual. El corazón, también en el cristianismo, es donde el hombre contiene a Dios.

El concepto de corazón, por su amplio sentido metafórico, ha tenido cabida, aunque en menor medida que la razón y el intelecto, en los tratados de filosofía. No obstante, ha sido tarea difícil si no extraña para los filósofos, ya que el lugar del corazón en la vida del hombre aparece de manera imprecisa (M. Herrero). En las tradiciones modernas, el corazón ha pasado a ser el símbolo del amor profano, de la caridad en cuanto amor divino, de la amistad y la rectitud, afirma G. Tervarent.<sup>13</sup> La causa de toda esta dificultad es que, indudablemente, el corazón ocupa el lugar central entre los opuestos mundo físico -en tanto que es el órgano central del cuerpo humano- y mundo espiritual/afectivo -pues se le atribuyen todos los sentimientos y funciones del alma desde antiguo-.

*Corazón* parece ser ‘el cajón de sastre’ de aquello que ha sido inexplicable y demasiado abstracto para el hombre, pero a la vez esencial. Al fin y al cabo, el conocimiento de sí mismo, lo más íntimo, es también lo más lejano a nuestro conocimiento, señala J.A. Marina,<sup>14</sup> hecho que se resume perfectamente en la frase enunciada por el conocido Blaise Pascal (1623-1662): «el corazón tiene razones que la razón ignora».

ALGUNOS DERIVADOS DE *COR*, *CORDIS*. El deseo de los romanos de semejarse y acercarse al esplendor intelectual de los griegos resultó no solo en una gran variedad de vocablos procedente de estos últimos (entre los que figura καρδία, de donde *cardio* y sus derivados en español), sino también en la adaptación de los conceptos. Ya Y. Malkiel señaló que la evolución fonológica *cuer* debió convivir durante siglos con el vocablo

<sup>13</sup> G. TERVARENT, *Atributos y símbolos en el arte profano*, trad. de J.M. Sousa Jiménez, Colección Cultura Artística 20, Ediciones El Serbal, Barcelona, 2002.

<sup>14</sup> J.A. MARINA, *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona, 1997.

evolucionado *corazón*. El *Corpus del Nuevo Diccionario Histórico del Español*<sup>15</sup> muestra que, además, estas dos formas convivieron, incluso, con el antiguo *cor*. Observemos ejemplos en el *El libro de Alexandre* (1240): “[...] buenas dos hermanas, muchas ricas çibdades e muchas tierras planas; mas tant en **cor** me yacen las tierras persianas que tod’esto no preçio quanto tres avellanas. [...] siella, dava grandes sospiros, ca tenié grant manziella, pareçies la rencura del **cuer** en la manxiella.”

No en la misma obra, pero sí en el mismo año, encontramos un ejemplo de *coraçón* en *Traslación del Psalterio* (1240), de Hermán Alemán: “Dios me oyrá quando me le quereillare. Temet & non pequedes, fablat en vuestros coraçones, sobre vuestros lechos, & caillat siempre.”

Al fin y al cabo, estas no son más que evidencias de que la lengua es un continuo en el que se van sucediendo progresivamente los elementos en evolución, hasta que la necesidad comunicativa se decide por uno de ellos, en este caso, *corazón*.

Sin embargo, el que los hablantes del español optáramos por *corazón* no impidió la creación de todo un conjunto de vocablos derivados de la raíz latina inicial *COR*, que perduran hasta la actualidad y cuya relación con el concepto parece ser ignorada. Siendo la hipótesis de J. Corominas y J.A. Pascual la más aceptada y convencionalizada, se presentan algunos derivados recogidos por dicho autor, a modo de ejemplo.

**CORAJE.** En cuanto a su concepción metafórica, el repertorio es mayor. *Coraje*, a pesar de que sus derivados *corajudo* y *corajina* fueron recogidos por la Real Academia en 1729, *coraje* no lo fue hasta 1832 como nos indica el DIRAE (*Diccionario Inverso de la Real Academia Española*); su significado es ‘impetuosa decisión y esfuerzo del ánimo, valor’ e, incluso, ‘ira’; recordemos el sentido amplio del corazón que siente, piensa y decide.

**CONCORDIA/DISCORDIA.** En esta misma línea de sentido del corazón se encontrarían *concordia* y *discordia*, ambos cultismos antónimos (*concordāre* y *discordāre*), que significan «igualdad o desavenencia (respectivamente) de voluntades u opiniones», como si, al haber acuerdo entre personas, los latidos de sus corazones coincidieran, y viceversa cuando hubiera discordia; de ahí algo concordante o discordante.

**CORDIAL.** *Cordial* es recogido por primera vez por C. Oudin,<sup>16</sup> cuyo significado fue el mismo que en latín: afectuoso, de verdadero corazón (*Autoridades*,<sup>17</sup> 1729); que tiene virtud para fortalecer el corazón (DRAE).<sup>18</sup> Hasta aquí finaliza la serie de derivados que Corominas incluye en la entrada de «corazón».

**ACORDAR.** Desde la concepción de decisión y voluntad merece mayor interés el vocablo *acordar* y su forma reflexiva *acordarse*, procedentes de *cor* por dos vías distintas de significado. En su acepción “poner de acuerdo”, tal como *concordar*, proviene del latín

<sup>15</sup> Real Academia Española, *Nuevo Diccionario Histórico del Español (NDHE)*, 2013, [en línea], <http://web.frl.es/DH>

<sup>16</sup> C. OUDIN, *Tesoro de las dos lenguas francesa y española, Thrésor des deux langues françoise et espagnolle, auquel est contenue l’explication de toutes les deux respectivement l’une par l’autre. Divisé en deux parties*, Marc Orry, París, 1607.

<sup>17</sup> Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, 1726-1739, [en línea] <http://web.frl.es/DA.html>

<sup>18</sup> Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 23.<sup>a</sup> ed., [versión 23.3 en línea]. <https://dle.rae.es>

*accordāre*, pero en el *Tesoro* de Covarrubias aparece lo siguiente: “reducir y traer a la memoria alguna cosa, acorde acuerdo. La resulta de la junta de una congregación en que todos de un corazón han venido [...]”. Y *Autoridades* lo semeja a ‘recordar’ (del latín *recordāri*), se trata de traer de vuelta un hecho del pasado a la memoria, al corazón en un sentido figurado. Esta relación entre el corazón y la memoria permanece menos evidente en español actual que en el francés, donde “de memoria” es *par coeur*. En el DRAE, la cuarta definición de “coro” presenta *de coro* como locución adverbial poco usada que significa ‘de memoria’, procedente, por supuesto, de *COR, CORDIS*.

MISERICORDIA. En la esfera de la afectividad o los sentimientos se encuentra *miser cordia*, cultismo que proviene directamente del latín *miser cordia*, que en *Autoridades* se define así: “virtud, que aficiona y inclina al ánimo, para que se duela y compadezca de los trabajos y miserias ajenas”, donde debemos entender “ánimo” como “corazón”.

La adopción del vocablo *corazón* también resultó en derivados de este, donde Corominas presenta *corazonada*, *descorazonar* y *corazoncillo*. *Corazoncillo* es, sencillamente, el diminutivo de *corazón*.

CREACIONES FRASEOLÓGICAS CON CORAZÓN. G. Lakoff y M. Johnson<sup>19</sup> se encargaron de presentar la metáfora como un fenómeno del pensamiento que se refleja en el lenguaje, presente en la vida cotidiana. La metáfora, por tanto, no se reduce a un recurso usado en la lengua escrita o en la poesía de manera casi exclusiva, como venía creyéndose con anterioridad a dicho planteamiento cognitivista. De hecho, se afirma que nuestro sistema conceptual ordinario, en base al cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica. Esto se refleja en las concepciones figuradas que usamos cotidianamente. Los procesos figurados no son meras palabras, sino, más bien, una cuestión de conceptualizaciones.

Entendiendo la amplitud de la semántica y los sentidos figurados de *corazón*, se pueden establecer una serie de conceptualizaciones. Recoger el mayor número de metáforas con *corazón* resultaría en un estudio de mayores extensiones. Se mostrarán, por tanto, algunos ejemplos que se han considerado más convencionalizados o que sirven para ejemplificar las conceptualizaciones mostradas. Para ello, el trabajo de R. Gutiérrez Pérez<sup>20</sup> junto con diversos diccionarios, como el DRAE, sirvieron de base tanto para la selección del corpus como para la teoría expuesta. Las construcciones mostradas las resumiremos como unidades fraseológicas, entendidas como combinaciones estables formadas al menos por dos palabras, que se caracterizan por su alta frecuencia de aparición y su institucionalización en la lengua, así como los diversos grados de idiomatización y variación que estas pueden presentar. Se mostrarán a continuación algunas conceptualizaciones con sus correspondientes metáforas con *corazón*:

AMOR. El corazón, como sede de los sentimientos, está esencialmente asociado al más abstracto y difícil de entender a lo largo de la historia: al amor. Relacionado con esta emoción, el número de metáforas y expresiones supera a todas las demás emociones,

<sup>19</sup> G. LAKOFF y M. JOHNSON, *Metáforas de la vida cotidiana*, trad. de C. González Marín y R. Guijarro Lasheras, Cátedra, Madrid, 1986.

<sup>20</sup> R. GUTIÉRREZ PÉREZ, ‘Estudio cognitivo-contrastivo de las metáforas del corazón en inglés y alemán’, *Babel-AFIAL: Aspectos de Filología Inglesa e Alemá*, 18 (2009), pp. 161-194.

según J. M. Martín Morillas y J. C. Pérez Rull,<sup>21</sup> por lo que es el concepto emocional más metaforizado. R. Gutiérrez Pérez afirma que el amor afecta tan profundamente al ser humano que ha dado lugar a un sinnúmero de metáforas; basta con leer poesía o letras de canciones. Destacan dos procesos metafóricos básicos: la personificación, por un lado, y la reitificación, que consiste en atribuir características de los objetos a conceptos una vez convertidos en «entidades discretas». En este sentido, prosigue, podríamos aludir a la metáfora conceptual «el corazón es un objeto de valor susceptible de romperse», en tanto que, simbolizando el amor, se toma como un objeto valioso, frágil y delicado. De ahí la expresión «tener el corazón roto» e, incluso, cual objeto, se podrá «poseer» o «entregar» el corazón a alguien.

Como sede por antonomasia de los sentimientos, el DRAE recoge «abrir alguien el corazón a alguien», es decir, mostrar tu *intimidad*, tu fuero interno a otra persona. Es por ello que existen «arrancársele a alguien el corazón», «atravesar el corazón».

**BONDAD O GENEROSIDAD.** La reitificación básica aquí sería atribuir al corazón las características de ciertos materiales. En este sentido, y con connotaciones positivas, tenemos en español: *Tener un corazón de oro*. Pero en el lado opuesto existen alusiones a otros materiales: *Tener un corazón de piedra/ hierro/acero/mármol...* Asociamos estos materiales al corazón cuando nos referimos a personas emocionalmente frías; a más duro el material referido, mayor frialdad y dureza de carácter.

Nuestra experiencia ante objetos de gran tamaño frente a los más pequeños nos hace tener diversas actitudes hacia ellos que generalizamos: los objetos de menor tamaño son más manejables y débiles, mientras los grandes son poco controlables e importantes, considera R. Gutiérrez Pérez. Por tanto, la grandeza del corazón tendrá una connotación positiva: la persona que tiene *un gran corazón*, o *un corazón que no cabe en el pecho* será bondadosa y generosa pues «a mayor tamaño, más y mejores sentimientos».

**SINCERIDAD.** La expresión *amar de todo corazón* significa “hasta tu último suspiro” (Vajda en J. Chevalier) según Babua ben Asher (siglo XVIII) porque el corazón es el primer órgano que se forma y el último en morir. No obstante, su sentido moderno alude a una total sinceridad, como el resto de expresiones: *Hablar con el corazón en la mano*, *Hablar desde el corazón*.

El corazón se “conceptualiza [...] como un recipiente del que emanan sentimientos sinceros que normalmente están ocultos” (R. Gutiérrez Pérez). Pero también se personifica en el refrán recogido por Correas: *El corazón no miente a ninguno*.

**VALOR.** La tendencia medieval de ubicar la valentía en el corazón aún se ve en expresiones como *tener el corazón pequeño*, que no significa otra cosa que ser muy asustadizo. En la misma línea se encuentran asociaciones a ciertos animales que simbolizarán la presencia o ausencia de valor: *tener un corazón de león* y *tener un corazón de gallina* (R. Gutiérrez Pérez).

*Hacer de tripas corazón* es esforzarse por disimular el miedo o el sentimiento para actuar con normalidad ante una situación que nos sobrepasa;

<sup>21</sup> J.M.MARTÍN MORILLAS y J.C.PÉREZ RULL, *Semántica cognitiva intercultural*, Granada Lingüística y Método Ediciones, Granada, 1998.

literalmente habla de esconder los sentimientos (el corazón) y poner o usar en su lugar las “tripas”, menos *humano*, que ya explica Quevedo en *Cuentos de cuentos*, según Iribarren: “Al que le falta corazón para estar tranquilo, hágalo de las tripas, que ascienden a la cavidad del pecho cuando se retienen los suspiros”.<sup>22</sup>

MEMORIA. Es antigua la concepción del corazón como la sede del pensamiento, el intelecto o la capacidad mental, pero quedan huellas de ella en la expresión española, aunque ya poco usada, *Decir/aprender algo de coro*, atribuyéndole al corazón la sede de la memoria, a donde van a parar los sucesos acaecidos y de donde los sacamos al *recordar*.

III. CONCLUSIONES. La semántica y la simbología han influido en la consideración de su evolución etimológica, a pesar de los intentos por parte de otros autores por presentar otras hipótesis. Los mecanismos semánticos de los que se sirve el hablante son reflejo de ello. Por un lado, añadimos sufijos aumentativos al vocablo original debido al inmenso valor del mismo, aunque ya convencionalizado; por otro, el sentido figurado, esencial desde sus orígenes, hace posible la creación constante de expresiones alrededor de ciertas conceptualizaciones que usamos de manera inconsciente. Su simbología está arraigada en nuestras mentes influyendo, inevitablemente, en todas las perspectivas desde las que miremos al vocablo *corazón*. Al acercarnos a su historia, contemplamos su trascendencia no sólo en el cristianismo, sino de manera global en todo ser humano, sean cuales sean las expresiones a las que dé lugar en cada idioma.

La lingüística cognitiva se plantea brevemente como hilo conductor de cada una de las disciplinas lingüísticas revisadas. La naturaleza simbólica del lenguaje que defienden los cognitivistas no solo explica o apoya la elección etimológica de J. Corominas y J. A. Pascual, sino también el gran caudal de conceptualizaciones que permiten una comunicación más concisa, sobre todo en el ámbito de lo afectivo, tan abstracto y difícil de definir con palabras concisas.

En definitiva, la inmersión en el significado y en la evolución de *corazón*, a pesar de ser una sola palabra, ha bastado para empezar a comprender la vastedad del acto comunicativo. La lingüística cognitiva confirma que, en realidad, los límites entre conocimiento lingüístico y conocimiento del mundo son artificiales, ya que el significado lingüístico se fundamenta directamente en nuestro conocimiento del mundo.

---

<sup>22</sup> J. M. IRIBARREN, *El porqué de los dichos: Sentido, origen y anécdota de dichos, modismos y frases proverbiales*, Ariel, Barcelona, 2015.